

FRATERNITAS ROSICRUCIANA ANTIQUA (S.S.S.)

PSICOTERAPIA

Dr. Krumm Heller

Hay que confesar que, a pesar de los grandes adelantos de la ciencia médica, las enfermedades, lejos de disminuir, han aumentado de año en año; exceptuando la viruela, el cólera y otras enfermedades, que han cedido más bien ante la acción de la higiene, que ante la labor de los galenos.

La crítica que ha hecho últimamente Bernard Shaw de los galenos, es más justificada, y hay que confesar que hay muchos decepcionados en medicina, tanto en el campo de los médicos como entre el público, y no podemos tachar de indiscreto a Vallés, cuando al encabezar su guía médica dice: "¡Qué pena se experimenta al ver tantas vigiliass y tanto ingenio gastado, en obtener tan escasos resultados!" y debemos creer al sabio Louis, cuando dice: "La medicina oficial tiene sus factores de importancia. Desde hace 20 años vengo estudiando en los hospitales unos tras otros, la mayor parte de los métodos curativos, lo cual me ha permitido observar que la mayoría daban resultados deplorables y a ello se debe la pérdida de personas muy queridas". Creo que en medicina apenas vemos lo que ignoramos. Hoy por hoy, la terapéutica atraviesa una crisis, tal vez la más grande que registran los anales de la medicina.

Hay - exclama el médico - ausencia completa de doctrina científica, ausencia asimismo de principios en la aplicación del arte, empirismo por doquier. He ahí el estado - dice - de la ciencia más útil y la más sagrada de la humanidad. Las ciencias ocultas pues, tan esparcidas en edades pasadas, surgen de nuevo como problemas de estudio, que ha de ser tanto más provechoso a la humanidad, cuanto hoy, al alcance de las ciencias exactas, nos es más fácil discernir lo verdadero de lo falso, lo comprobado de las supercherías. Estas ciencias hacen al ignorante, crédulo, pero al intelectual despojado de preconceptos, creyente.

Más que las otras ramas de la ciencia, revelan al hombre los misterios de la naturaleza, los secretos de su organismo, el medio de atender a su perfeccionamiento y el

camino de su felicidad y hacerle dueño de su destino. Como todas las demás ciencias, la Ciencia Oculta tiene sus especialidades para unos y para otros.

Los discípulos de la Magia de Eliphas Levi se lanzan al interesante campo de las evocaciones de espectros, o valiéndose de los métodos aconsejados por Paracelso y Claude de Saint Martin, operan conscientemente sobre el plano astral. Los Teósofos son muy aficionados al estudio comparativo de las religiones, descifrando el simbolismo oculto contenido en las leyendas budistas y aplicándolo a las enseñanzas bíblicas, formando así una rama interesante del Ocultismo.

Con verdadera envidia leí los apuntes de un estudiante que habiéndose dedicado a descifrar las leyendas del Rhin, con una lógica admirable y una imaginación asombrosa, sacaba analogías entre los personajes legendarios y las fuerzas cósmicas. Todos estos estudios son hermosos, pero hay una rama del Ocultismo que, además de ser altamente interesante, puede traernos utilidades prácticas en la vida. Me refiero a la aplicación de la fuerza de voluntad y los agentes herméticos a la curación de las enfermedades.

Los médicos que me leen tendrán mucho que objetar a mi conclusión. ! Es tan difícil desechar de golpe, para saber mucho de lo que ignoramos! Yo siempre tomé mi profesión como algo sagrado, y cuando recuerdo los médicos que, en épocas pasadas, asesinaban a los heridos por falta de asepsia y antisepsia, veo que los de hoy hacen verdaderos milagros. Cuando recuerdo lo benéfico que ha sido un Lister a la humanidad y la habilidad de un Doyen, soy ferviente adorador de los cirujanos en general. Pero confieso honradamente que soy un decepcionado de la medicina oficial en cuanto a medicina interna, y opino que la ciencia que menos derecho tiene a ostentar este título es la medicina. Es tan oscuro aún lo que hemos escudriñado en la fisiología, es tan poco lógica nuestra materia médica, que se necesitan tener muchas necesidades o poco valor para no confesarlo, y repito que no podemos tachar de indiscreto al ver encabezado su Guía Práctica de Medicina a Vallés, cuando dice: "¡Qué pena se experimenta al ver tantos estudios, tantas vigiliass y tanto ingenio gastado en obtener tan escasos resultados!". En medicina se puede repetir la

pregunta que se hizo un filósofo: "¿Nuestra vida ha sido errónea? ¿Nuestro modo de preguntar defectuoso? Y un eco sordo nos responderá: Sí, sí señores, los médicos que solo ven la materia no podrán curar ni cumplir su misión, podrán hacer más o menos fortuna, podrán contemplar como la naturaleza cura solo generalmente, a pesar de sus medicamentos. Que mi modo de juzgar no carece de razón lo prueban las interminables escuelas y métodos que se combaten entre sí, en que cada una cree tener monopolizada la verdad. El alópata mira con desprecio al humilde homeópata que mediante retribución de 25 centavos administra globulitos de azúcar. El homeópata pretende, y quizás con razón, que la práctica de quimioterapia constituye un crimen. El error humano estriba en que el apasionamiento conduce a los extremos, exceptuando solo las propias simpatías, y combatiendo todo aquello que no esté de acuerdo con sus simpatías. El clínico que no emplea el microscopio ni los reactivos químicos, dice que el único libro de aprendizaje está en la clínica. El cirujano apasionado no acepta nada fuera del cuchillo. El fisioterapeuta nos confunde con anfibios y quiere tenernos metidos en una tinta de agua.

Desde el punto de vista de los conocimientos actuales, cada uno de ellos tiene una parte de razón; la sinrazón está en quererlo curar todo con un solo sistema. Todos los sistemas tienen una aplicación, todo gira alrededor de la madre clínica, con sus auxiliares poderosos, que en unos casos se recurren a unos, en otros a diversos, prestando cada uno los servicios que encierran en su radio de acción.

Un ejemplo: se presenta un enfermo con fiebre tifoidea de difícil diagnóstico, el clínico lo sospecha, el laboratorista lo confirma matemáticamente con tres reacciones químicobacteriológicas del caso. El fisioterapeuta sustrae el calor dominando la fiebre y si sobreviene por fin una perforación intestinal, la intervención del cirujano es indispensable. Así cada uno cumple con su deber. No niego yo, queridos lectores, que hay medicamentos ante los cuales es preciso descubrirse. Hay fórmulas con las que se obtiene un resultado efectivo, inmediato, pero el modus operandi no es generalmente el que creen los médicos.

Líbreme Dios de predicar: "Abandonad vuestros

médicos. No compréis más drogas. Acudid a vuestra fuerza de voluntad en vuestros males". !No! Porque sé que mayormente carecéis de poder volitivo y mientras tanto, hacéis bien de seguir con el médico de vuestra confianza. Pero sí os digo: "Aprended a manejar vuestro cuerpo para que no se enferme, y así no necesitaréis más al médico. Producid una mente que se imponga".

El médico hermético parece no tener intervención en un caso semejante, pero su papel es importante en otros casos donde han fallado todos los demás sistemas. Debo anticipar aquí que tengo la más alta idea de la competencia de los médicos que ejercen su profesión en esta culta nación. No es mi propósito desacreditar otros sistemas para enaltecer el mío, ni es mi intención herir la susceptibilidad de nadie, no pretendo atacar, sino popularizar enseñanzas que forman mi más íntima convicción, y creo que al médico, que tiene la obligación de indagarlo todo, debe asistirle el derecho de decirlo todo.

El médico debe ser ecléctico, es decir, tomar lo mejor de cada escuela, y lo mejor es siempre aquello en lo que no haya engaño ni haga daño. Dos cosas sin embargo debieran exigirse al médico: la primera, ilustrar al público con sus conocimientos, dando conferencias o publicando sus observaciones para que este público que le paga pueda juzgarle, y la segunda, que no se le permita escudar su ignorancia detrás de la patente, ni formular en latín. La medicina debe hacerse menos docta y más popular, y esa fe ciega que tiene el público para un médico tiene su lado bueno, pues los galenos así ejercen una especial sugestión sobre el enfermo, el cual sana, pero no debe rayar en extremos que perjudiquen. Cuentan - y esto va a título de chiste - que en el tiempo que hacía sus estragos el cólera, enfermedad en la que se presentan frecuentes casos de catalepsia o muerte aparente, cierto conductor llevaba su carga al panteón. El movimiento del carruaje hizo que un sujeto en ese estado, que había sido confundido con los muertos, volviera en sí y gritase: "¡Alto, que yo no estoy muerto!". Oyendo lo cual, el cochero volvió la cabeza y le dijo: "¿Qué dice usted...? ¿Qué dice? ¿Que no está muerto? ¿Acaso lo sabe usted mejor que el médico? Aquí traigo la papeleta, la fe de defunción".

Vamos a ver si la medicina hermética tiene su razón de ser. El médico en general ve en el enfermo una máquina de materia y sobre ella hace actuar sus ingredientes curativos. He descrito en mi obra "Rosa-Cruz" al cuerpo humano como compuesto de átomos, y estos átomos, compuestos como un complejo ternario de materia, fuerza y conciencia. De modo que si nuestro cuerpo está constituido de millones y millones de átomos, que en su casi totalidad representan fuerza y conciencia - como lo vimos al descubrir la hipotética experiencia con el bloque de platino - solo en una insignificante parte es materia, no es dudoso que sea más lógico prestar atención preferente a la energía consciente como lo hace el médico hermético, y no a la materia, que es el campo de acción para la mayoría de las otras escuelas, pero ¿existe esta energía consciente?. Es preciso que se repita algo de mis conferencias esotéricas, donde decía: "Tenemos un enfermo abandonado, allí en el campo, sin recursos médicos y sana. ¿Quién lo sana? La energía consciente de la misma naturaleza, la fuerza vital del propio organismo. Cuando se nos introduce una astilla en el dedo, y no la podemos extraer con un alfiler, se forma pus a su alrededor, y se expulsa sola".

Un soldado recibe una bala que no puede ser extraída. El cuerpo forma alrededor del proyectil una capa calcárea y el hombre puede vivir 50 años sin que le moleste. ¿Quién produce todos estos hechos? La energía consciente, la reacción curativa de las dos terceras partes de nuestros átomos. La acción de los fagocitos, los glóbulos blancos, que van como un ejército a combatir las enfermedades, no son más que manifestaciones de la fuerza vital propia del organismo. Nuestro cuerpo es un conjunto de vida o energía vital, que trata de establecer un continuo equilibrio, mantener la salud, o recuperarla cuando la perdemos. Los hombres de ciencia admiten ya, dice Boisson de la Riviére que cada una de las partes de nuestro cuerpo tiene una vida propia independiente de las otras. Cada célula de nuestro cuerpo, es un pequeño centro distinto, dotado, no solamente de vitalidad, sino, hasta cierto punto, de conciencia, de inteligencia, de emoción y de sensación y que hace sus labores encomendadas conscientemente, sabiamente y de una manera infalible e infatigable. Los huesos, los nervios, los músculos, todos los tejidos son diferentes modalidades de una energía

común. Se diferencian en nuestro organismo, como se distinguen en el organismo social los doctores, los sacerdotes, los hombres de letras, los comerciantes, los soldados y los obreros. Son diferentes todos, pero pertenecen a un conjunto en el que cada uno tiene sus deberes, sus obligaciones, sus quehaceres que llenar.

En un sentido íntimo, las enfermedades residen en los átomos o en las células más bien, cuando estos pequeños seres vivientes sufren, cuando son desgraciados y su desgracia se traduce en nosotros por los sufrimientos. Cuando el estado de ellos puede entrar en el dominio de nuestra conciencia normal, entonces la enfermedad lanza un grito de imploración, que nos dirigen aquellas pequeñas criaturas pidiendo socorro. Clamando por piedad se dirigen a nosotros, al conjunto, pues somos su maestro, su dios que les dan las funciones y tenemos el deber, la obligación, de protegerles. Nuestras células están con nosotros en una relación análoga como lo estamos los hombres con el universo. Así como cada ser es una célula del Gran Todo, es un microcosmos frente del macrocosmos, el hombre en su conjunto, es el macrocosmos dominante al lado de la célula microcosmos. Esta idea que encierra la síntesis de la solidaridad más hermosa, nos hace comprender que si consideramos así a nuestras células, en pago de toda la atención que les prodigamos, nos darán buena salud y a sus esfuerzos debemos la continuación de nuestra existencia en esta tierra.

La función descubierta hace algunos años de los glóbulos blancos de la sangre, la fagocitosis que ya he descrito y que consiste en perseguir, atrapar y devorar microbios perjudiciales, que han logrado introducirse en nuestros vasos sanguíneos, nos da una idea de la deuda contraída por nosotros con esas vidas minúsculas; esto me hace recordar los preceptos morales que copié de una de mis obras, en que yo decía: "Convéncete de que el hombre es una corporación de ideas y su cuerpo físico es un instrumento que facilita el contacto con la materia para subyugarla, que ese instrumento debe usarse con intenciones dignas, no se le debe enaltecer ni desprestigiar. No permitáis que algo que haga efecto en vuestro cuerpo físico, en vuestra comodidad o en las circunstancias que os rodeen desordene vuestro equilibrio

mental, como sucede con el alcohol, las drogas y el exceso sexual", nos hace comprender que el ejercicio de la medicina constituye un sacerdocio sagrado, y que solo los hombres morales deben ejercitarla, y que estos sacerdotes no deben vanagloriarse de sus conocimientos, sino al contrario, deben tener la convicción de que, como ya lo hemos dicho, la naturaleza ha dotado a todos los organismos de una fuerza curativa propia, y que todos sus esfuerzos deben encaminar y estimular, es decir, encauzar esta fuerza curativa natural. Todo medicamento, pues, que no tenga esta propiedad, debe rechazarse, todo sistema curativo que no esté fundado sobre este principio, debe abandonarse. Que hay una fuerza organizante en todo lo existente, nunca ha sido puesto en duda por los hombres prominentes en ciencia.

 Paget dice en su Patología: "La facultad de componer daños, de reparar desperfectos, no solo reside en los seres vivientes, si no hasta en los minerales. Por ejemplo: los cristales de los cuales se quiebra una punta, se vuelven a conglomerar los componentes, hasta volver a formar la figura primitiva. En el hombre reside el desarrollo en el proceso químico de la transformación de las sustancias que lo componen". Reichenbach, en su obra "El hombre sensitivo", comprueba que en el proceso químico y fisiológico el Od juega un papel principal.

 Toda pérdida de Od equivale a un decrecimiento de fuerza vital, cosa que experimentan los magnetizadores de profesión, que deberían llamarse odeópatas. Sonámbulos a quienes se le exterioriza el fluido ódico pierden el conocimiento, se anestesian; igual pasa con los médiums en las sesiones espiritistas, que quedan como en estado cataléptico. En resumen, el cuerpo humano posee una fuerza curativa propia, a la cual debe encauzarse, estimularse, para la curación de las enfermedades; este objetivo se consigue por varios métodos que vamos a analizar enseguida. Ante todo no debemos olvidar que si el hombre ha enfermado es porque abandonó la ruta que le enseñó la naturaleza; de manera que para establecerse lo primero que hay que hacer es ajustarse a las leyes naturales, someterse a la madre naturaleza.

 Hemos visto que el sol es la materia prima de todo lo que existe; la sustancia planetaria no es sino fuerza solar

transformada. Asimismo, el hombre no es, en cierto sentido, sino un producto del sol, pues la mayor parte de sus constituyentes le vienen del astro rey. De manera que el sol, por sí solo, constituye una panacea, como también sus acumuladores más directos, o sea, los cuerpos radiactivos. Trataremos pues, aunque sea a la ligera, de los siguientes temas: la radiodinamo terapéutica, casi aún desconocida en Méjico; los ejercicios respiratorios, que los ocultistas practican; el Magnetismo, o sea la aplicación de las fuerzas ódicas; la sugestión y autosugestión; la voluntad como fuerza medicinal y varios otros factores, a título de curiosidad, como la fe religiosa, que no es sino una sugestión y atracción de corrientes curativas.

Hemos dicho que las formas visibles del globo terráqueo no son sino rayos solares transformados. El sol es el núcleo, el depósito, el generador, al impulso del cual todo se renueva, todo se transforma. Este planeta ha sido objeto de estudio de los sabios de todas las épocas, y los ocultistas lo consideramos como un centro energético de electromagnetismo. Los estudios astronómicos referentes al sol están, sin embargo, aún en pañales; no se ha podido ni siquiera establecer de una manera fija, el calor de este astro. Así, por ejemplo, Ponillet, Cicaire y otros, le atribuyeron una temperatura de 1.500 a 2.000 grados Celsius, y en otras obras de Física encontraréis de 6.000 a 7.000.

Secchú y Waterton, sostienen que el calor del sol llega a varios millones de grados. Newton le supuso 1.669.300°; Gollner, 102.000; Erieson proclamó tener 2.726.700; Elvean, 7.500; Spirer, 2.700; Deville 2.500; Sret, 5.801.846 y Resetti, 20.000. Vemos pues que hay una gran divergencia de opiniones. ¿A quién debemos creer? ¿Quién es el representante genuino de la ciencia pomposamente llamada "Matemática"? Durante 75 años se creyó como seguro que el planeta Mercurio se movía en 24 horas, 5 minutos y 30,5 segundos alrededor de su propio eje hasta que Sehiaperelli dijo que era un error, que ese movimiento era más lento, que duraba 88 días. Pero hay razones poderosas, que conocen los ocultistas, que demuestran que Sehiaperelli también se equivocó, pues el movimiento alrededor de su eje, en Mercurio, no existe. Lo mismo les pasó a los astrónomos con Venus. Desde el año 1727 hasta el 1890, se calculaba el

movimiento de este planeta alrededor de su eje en 23 horas, 27 minutos y 21'93 segundos, y el mismo Sehiaperelli anunció que este movimiento se efectuaba en 224'7 días, es decir que coincidía con el tiempo que invertía en girar alrededor del sol y, por lo tanto en Venus este movimiento alrededor de su eje tampoco existe.

Esto lo cito para que los materialistas refractarios a nuestras ideas no las rechacen a priori, porque la ciencia oficial aún no nos sanciona. No hay que olvidar que la ciencia oficial ha hecho su marcha lenta al progreso a través de miles y miles de errores, que se ve hasta la fecha, a cada paso, obligada a corregir. Otras veces discrepan sus representantes en opiniones, y si hoy por hoy algunos niegan las fuerzas ocultas, el cuerpo astral, puede que mañana lo establezcan como matemáticas. Hay muchas cosas que inventar de nuevo, conocimientos que poseían los antiguos, y que hoy hemos perdido.

La espada de Damasco estaba hecha de acero tan flexible que podía ser doblada hasta tocar su puño sin el menor esfuerzo. Se ha encontrado vidrio en Egipto que puede ser martilleado como el plomo y que es flexible como la seda. La esmeralda del cáliz de Génova regalada por Napoleón, es una piedra artificial cuyo análisis no se ha podido hacer. Se cita como caso extremadamente notable el de un papiro formado de un tejido tan fino que pudo escribirse sobre él toda la Ilíada y que enrollado cupo en un anillo nupcial.

Existen piedras movibles, piedras de campaña, etc... El Ocultista se abre paso. Todos sus fenómenos son fenómenos psíquicos, pre-científicos, es decir que aún no pertenecen por completo al dominio de la Ciencia, pero en la Ciencia esperan encontrar una explicación satisfactoria.

En materia de Ciencia, lo sobrenatural no existe. Lo que hay es solamente un poder que resolver, es sencillamente lo natural de un orden superior al que nos es generalmente conocido, pero que nos debe estimular a la investigación máxima, que albergue una sublime y consoladora filosofía. Los sabios están de acuerdo, dado el resultado de los análisis espectrales, en que el Sol está cubierto en una envoltura

gaseosa candente, y que de ella esparce, en todas direcciones, luz y calor. La Tierra, como los demás planetas, recibe solo una pequeña parte de energía radiante. Es decir, solo la 2.170 millonésima parte de la energía solar es para nosotros, el resto se pierde en el espacio, con excepción de las pequeñas partes que reciben otros planetas. Esto nos hace suponer las enormes energías latentes que deben aún existir en ese espacio, en cualquier forma, lo cual es de suma importancia para los efectos químicos y fisiológicos que ya hemos analizado. Podemos establecer las siguientes modalidades de energía:

- 1^a Energía óptica.
- 2^s Calor.
- 3^e Electricidad y Magnetismo.
- 4^o Energía Química.
- 5^o Energía Fisiológica.
- 6^o Energía Psicológica.
- 7^e Energía Mecánica.

Sabemos que Newton dividió el espectro solar en un Septenario; estos siete colores espectrales tienen diferentes vibraciones, a saber:

- Rojo: 450 billones de c/s.
- Naranja: 506 billones de c/s.
- Amarillo: 535 billones de c/s.
- Verde: 577 billones de c/s.
- Azul: 622 billones de c/s.
- Índigo: 658 billones de c/s.
- Violeta: 789 billones de c/s.

En los sanatorios de Alemania, la aplicación de la luz solar, bajo sus diferentes colores, está ya muy vulgarizada. Sobre todo en las casa de Orates, la fototerapia es un factor indispensable. Yo mismo he conseguido en Méjico sorprendentes curaciones del estómago, haciendo a los enfermos exponer esta parte a los rayos solares después de las comidas. El cáncer, afección que se ha mostrado siempre rebelde a todo

tratamiento, tiene en los rayos solares, atravesando una lente de aumento, el único remedio eficaz; y existe un sanatorio de mucha fama en Suecia que solo se dedica a esta especialidad. Parece que aquí influye la velocidad de estos rayos.

Para imaginaros lo que es la luz, en cuanto a velocidad, recordemos las fotografías de proyectiles en marcha, obtenidas por un oficial del ejército americano, el cual expuso su cámara a la luz durante la ochomillonésima parte de un segundo. En este tiempo recorre una bala salida del cañón de un fusil, la doscientésima parte de un milímetro. Imaginémosnos pues la potencia de la luz para herir las sales de plata de la placa fotográfica. Es algo divinamente maravilloso.

Estos rayos, según el color que atraviesan, causan diferentes efectos sobre el organismo. Por ejemplo: el rojo y el anaranjado excitan, notándose el efecto sobre la sangre arterial. El azul, el verde oscuro y el índigo apaciguan. Respecto al amarillo, basta poner una botella de este color con agua pura durante algunas horas al sol, para obtener un magnífico laxante.

Pero no solamente se ve un impulso benéfico, fatal, sino consciente, en la aplicación de los rayos solares. Los átomos que tienen que tener la misma constitución del ternario descrito con anterioridad, deben asimismo tener algo de volitivo, deben venir contagiados por la voluntad universal.

La existencia de una voluntad cósmica la sostiene el mismo Herschel, al decir que sin voluntad no puede haber movimiento espiritual ni rotatorio, para impulsar o detener. Todo es movimiento. Los movimientos del éter, que se manifiestan como luz, son condicionados por los siguientes tres elementos: el número de sus vibraciones, la velocidad de su propagación y el estado de su vibración. Cuando se efectúa un cambio en uno de estos tres componentes, entonces hay transformación de energías. El calor, por ejemplo, se nos presenta en forma de luz y viceversa. Este es un proceso muy conocido.

Una condición, una particularidad menos conocida de la luz, es su transformación en electricidad y magnetismo, y

las primeras experiencias al respecto las realizó Becquerel en el año 1839. Este hombre de ciencia puso dos placas de metal en un depósito de agua, las conectó con alambres y mientras expuso una de las planchas a la luz solar, cubrió la otra, formando la sombra. Al poco rato desarrolláronse corrientes fotoeléctricas que pudo medir. Comprobó que el efecto no era debido a la acción del calor, sino que solo pudo atribuirlo a los rayos del sol, siendo los más activos los violeta y los azul.

Vemos que la radiación del Sol, con su vitalidad, con su poder eléctrico, con su poder curativo, se deposita y se acumula en ciertos minerales, que se electrizan, se vuelven radiactivos, y son aprovechables para la curación de múltiples enfermedades.

Que el Sol proporciona hasta la fuerza magnética, lo prueba la observación de Zandedechi, habiendo construido un imán que levantaba 15 onzas, al exponerlo tres días a la luz del Sol, aumentó su poder por 2'5 onzas, experiencia que el lector puede hacer por sí mismo con cualquier imán.

Tenemos pues diversas modalidades de energía, basadas en los rayos solares: energía inherente a la luz, al calor, como asimismo los efectos electromagnéticos solares, y por último, la radiactividad.

Según Noé, las sustancias radiactivas presentan una propiedad de lo más singular: la de desprender una emanación que, según Rutherford, se conduce como un gas, y puede depositarse sobre los cuerpos cercanos, encerrados en su mismo recinto.

Así como el poder radiactivo de la emanación se transmite a distancia, lo que constituye la radiactividad inducida, tenemos otro que difiere de la radiactividad directa, por la duración efímera y transitoria de su acción, y esta acción es proporcional al tiempo y a la naturaleza del cuerpo radiactivo. En ello se basa la poderosa y benéfica acción de los medicamentos radiodinámicos, con los cuales he obtenido, durante muchos años, resultados asombrosos. De un modo general la rapidez de difusión de la emanación depende de las condiciones físicas del medio ambiente. La humedad, el calor y, sobre todo, la disolución, acrecienta mucho su difusión.

Para concebir las ventajas de los remedios radiodinámicos, basta considerar la suma de energía representada por el fenómeno de la radiactividad.

Curie y Laborde han demostrado (Comptes rendus de l'Académie des Sciences de Paris) que la temperatura de los compuestos radióferos supera en varios grados a la del medio ambiente.

Al utilizar pues la acción de estos cuerpos, la Medicina aprovecha el manantial más extraordinario de energía latente, del que en la actualidad dispone el hombre. Los medicamentos radiactivos son preparados con sustancias radiantes, en pequeñísimas dosis, y unidas a glóbulos neutros. Sus diferentes calores están basados en los principios fototerápicos.

En Francia ya se dedican a la elaboración de estos medicamentos en una fábrica donde se ha invertido un enorme capital. Pero hay razón para sostener que el médico hermético debe traer solo la materia prima y elaborar, él mismo, dichos medicamentos, según el clima y las condiciones del país donde las vaya a emplear.

Parece que estudios recientes dan a conocer que las propiedades terapéuticas de las aguas minerales se basan en los mismos principios. No dependen únicamente de su grado de mineralización, siempre débil y fuera de proporción con su eficacia, sino que hay en ellas una forma de energía condensada, la cual comenzamos a entrever con las propiedades maravillosas del radio mismo, y solo por esas emanaciones podemos aplicar las poderosas modificaciones de la nutrición que provocan las curas termales.